

Recibí mi diploma autorizado con la firma del guardián y el sello del convento. Con este brillante diploma de caballero, me fue entregada mi humilde patente de peregrino; conservo entrambos documentos como un monumento de mi paso por la tierra del antiguo viajero Jacob.

Ahora que me dispongo á abandonar la Palestina, es preciso que el lector se traslade conmigo fuera de las murallas de Jerusalén, para dirigir la última mirada á esta ciudad extraordinaria.

Detengámonos primero en la gruta de Jeremías, cerca de los sepulcros de los Reyes. Esta gruta es bastante espaciosa, y su bóveda está sostenida por un pilar de piedra; en ella, según se dice, hizo oír el Profeta sus *Lamentaciones*, que parecen compuestas á la vista de la moderna Jerusalén; ¡tan al vivo pintan el estado de esta desolada ciudad!

«¿Qué causa pudo haber, para que una ciudad tan poblada, tan rica y deliciosa, se vea ahora tan solitaria, y despojada de todos sus adornos y bellezas? ¿Cómo es que la que sujetó tantos pueblos á su dominio, y era mirada como la reina de las provincias, se halle al presente como viuda y huérfana, sin rey, sin templo, sin pontífice, sin magistrados, y sufriendo el ignominioso yugo de los caldeos?»

«Sus caminos se ven desiertos, y no hay quien vaya á adorar al Señor en sus mayores solemnidades: derribadas por tierra sus puertas, gimen y suspiran sus sacerdotes: sus doncellas se muestran desaliñadas y desfiguradas, y ella suspira penetrada toda de amarga pena.»

«¡Oh vosotros, todos los que pasáis al lado de Jerusalén por el camino, ved, contemplad, y decidme, si hay alguno que tenga materia de sentir y de dolerse, que se pueda comparar con la que yo tengo!»

«Tenía el Señor determinado derribar los soberbios muros de la hija de Sión; y para esto tendió su cuerda, como hacen los arquitectos cuando quieren nivelar, ó igualar algún terreno. Y cuando hubo comenzado la obra, no apartó de ella la mano hasta haberlo todo destruido, é igualado con el suelo. Cayó, pues el muro, y todo lo que tenía delante, que le servía de resguardo.»

«Las puertas de la ciudad y del Templo se vieron sepultadas en sus ruinas, fueron rotas y quebrantadas las barras y cerrojos que las aseguraban: su rey y sus príncipes, llevados cautivos, gimen la pérdida de su libertad entre las naciones: cesó la esposición de la ley y su observancia, por lo que mira á lo ceremonial y sacrificios: enojado el Señor, ni aun á los verdaderos profetas quiso dar sus respuestas.»

«Al considerar y ver tan grandes miserias, se debilitaron mis ojos, y casi cegaron de llorar sin cesar y sin consuelo, sintiendo dentro de mí conmovidas todas mis entrañas: no cabía en el pecho mi corazón al ver el quebranto de mi pueblo, y cómo desfallecían de hambre y de sed en medio de las calles los niños, y aun los tiernos infantes, que llevaban las madres pendientes de sus pechos.»

«¿Qué ejemplo de calamidad pública y de quebranto podré yo hallar para compararle con el tuyo, hija de Jerusalén, y darte por este medio algún consuelo? ¿con cuales penas igualaré las tuyas, hija de Sión, para que respire algún tanto, siendo como las aguas del mar sin límites ni término?»

«Pero quedaste burlada, porque todos los que pasaban cerca de tus muros, te insultaban y escarneaban en tus desgracias, y meneando la cabeza, decían: ¿Este es el paradero de aquella grande, hermosa y gloriosa Jerusalén, que llenaba de gozo toda la tierra?»

Vista desde el monte de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat, Jerusalén presenta un plano inclinado sobre un suelo que baja desde Occidente á Oriente. Un muro almenado, fortificado con algunas torres y con un castillo gótico, encierra el casco de la ciudad, de-

jando libre, no obstante, una parte del monte Sión que en otro tiempo comprendía.

En la region del Poniente y en el centro de la ciudad hácia el Calvario, las casas se estrechan bastante; pero hácia el Oriente y á lo largo del valle del Cedron, se descubren unos espacios vacíos, entre otros, el recinto que se estiende al rededor de la mezquita edificada sobre las ruinas del Templo, y el terreno casi abandonado donde se alzaban el castillo Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalén son unas pesadas masas cuadradas, muy bajas, sin chimeneas y sin ventanas, terminando en unas azoteas aplanadas ó en cúpula y se asemejan á unos calabozos ó á unos sepulcros. Todo se presentaría bajo un mismo nivel, si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las copas de algunos cipreses, y los bosquecillos de nopalos no interrumpiesen la triste uniformidad del plano. A la vista de aquellas casas de piedra, encerradas en un paisaje de piedras, puede creerse que son los confusos monumentos de un cementerio en medio de un desierto.

Si entráis en la ciudad, nada os consolará de la tristeza exterior; os perdereis en unas callejuelas no empedradas que suben y bajan en un piso desigual, y camináis envueltos en nubes de polvo ó entre guijarros que ruedan á vuestro paso. Los toldos sostenidos de una casa á otra aumentan la oscuridad de este laberinto; y los bazares abovedados é infectos acaban de privar de luz á la desolada ciudad; algunas mezquitas tiendas no ofrecen al público sino la miseria; y por lo regular están cerradas por temor al paso de un cadí. A nadie se ve en las calles, á nadie en las ventanas; solo algunas veces un paisano se desliza á través de las tinieblas, ocultando bajo sus vestidos los frutos de su labor, temiendo ser robado por el soldado; en un apartado rincón el carnicero árabe degulla alguna res colgada por las patas á una tapia arruinada; y al ver el semblante sombrío y fosco de este hombre, pudiera creerse que mas bien que de degollar un cordero, acaba de perpetrar un homicidio. El único rumor que por intervalos se percibe en la ciudad decaída, es el galope de la yegua del desierto, en que monta el genízaro que lleva la cabeza del beduino, ó que va á saquear el Fellah.

En medio de esta desolacion extraordinaria, es preciso detenerse un momento para contemplar cosas aun mas extraordinarias. Entre las mudas ruinas de Jerusalén, dos clases de pueblos independientes encuentran en su fe los recursos que bastan para sobrellevar tantos horrores y miserias. Allí viven unos religiosos cristianos, á quienes nada puede inducir á abandonar el sepulcro de Jesucristo: ni latrocinios, ni malos tratamientos, ni amenazas de muerte. Sus cánticos resuenan día y noche en derredor del Santo Sepulcro; y despojados á la mañana por un gobernador turco, la tarde les encuentra al pié del Calvario, orando en el lugar donde Jesucristo sufrió por la salvacion de los hombres. En su frente se retrata la paz del ama, y sus labios sonrien. Sin poder y sin soldados, protegen poblaciones enteras contra la iniquidad. Maltratados por el palo y el sable, las mujeres, los niños y los rebaños, se refugian en los claustros de aquellos solitarios. ¿Quién impide al protervo armado perseguir su presa y demoler tan debiles murallas? la caridad de los religiosos, pues se privan de los últimos recursos de la vida para rescatar á sus suplicantes. Turcos, árabes, griegos, cristianos y cismáticos, todos se entregan á la proteccion de unos pobres religiosos, que no pueden defenderse á sí mismos. Aquí debemos reconocer con Bossuet, que «las manos levantadas al cielo destruyen mas batallones que las armadas de flechas.»

Mientras la nueva Jerusalén sale así del desierto, brillante de claridad, dirigid una mirada entre el monte Sión y el Templo: ved ese otro pueblo que vi-

ve separado del resto de los habitantes de la ciudad. Objeto particular del general desprecio, dobla la cerviz sin quejarse; sufre todas las injurias sin pedir justicia; se deja abrumar á golpes sin exhalar un suspiro, y si se le pide la cabeza, la entrega impasible á la cimitarra. Si algún miembro de esta sociedad proscrita, deja de existir, su compañero irá á enterrarle furtivamente á favor de la noche, en el valle de Josafat, á la sombra del templo de Salomon. Penetrad en la mansion de ese pueblo, y le hallareis sumido en una miseria horrorosa, haciendo leer un libro misterioso á sus hijos que á su vez le harán leer á los suyos. Ese pueblo hace hoy lo mismo que hacia há cinco mil años.

Ha asistido diez y siete veces á la ruina de Jerusalén, y nada puede impedirle que dirija á Sion sus tristes miradas. Cuando vemos á los judíos dispersos por la tierra, según la palabra de Dios, nos asalta sin duda la sorpresa; pero para que esta raye en lo sobrenatural, es preciso verlos en Jerusalén; es preciso ver á esos legítimos señores de la Judea, esclavos y extranjeros en su propia patria; es preciso verlos esperando, bajo todas las formas posibles de la opresion, un rey que ha de venir á libertarlos. Abrumados por la cruz que los condena, y que está plantada sobre sus cabezas; ocultos cerca del Templo, de que no queda piedra sobre piedra, permanecen en su deplorable ceguera. Los persas, los griegos y los romanos han desaparecido de la tierra; y un reducido pueblo, cuyo origen precedió al de estos grandes pueblos, subsiste aun sin mezcla en los desfigurados escombros de su patria. Si alguna cosa presenta en las naciones el sello del milagro, creo que este sello se encuentra aquí. En efecto, ¿hay algo mas maravilloso, aun á los ojos del filósofo, que este encuentro de la antigua y la nueva Jerusalén al pié del Calvario: la primera, afligiéndose al aspecto del sepulcro de Jesucristo resucitado; la segunda, consolándose al lado de la única tumba que no tendrá cuenta alguna que dar al espirar los siglos?

Di gracias á los frailes por su benévola hospitalidad, y les deseé con toda mi alma una felicidad que no esperan en este mundo; que, próximo á separarme de ellos, experimentaba una verdadera tristeza. No conozco un martirio comparable al de estos desventurados religiosos: el estado en que viven se parece al en que se vivía en Francia bajo el reinado del Terror. Yo me disponía á regresar á mi patria, á abrazar á mis parientes, á ver á mis amigos, y á gozar de las dulzuras de la vida; y aquellos religiosos, que tambien tenían parientes, amigos y patria, quedaban desterrados en aquella tierra de esclavitud. No todos tienen esa fuerza de alma que nos hace insensibles á las amarguras; así, pues, he oido algunas quejas que me han hecho conocer la estension del sacrificio. ¿No halló Jesucristo amargo su cáliz en aquellos mismos lugares? Y no obstante, lo bebió hasta las heces.

El 12 de octubre monté á caballo con Ali-Aga, Juan, Julian y el dragoman Miguel, y al ponerse el sol salimos de la ciudad por la puerta de los Peregrinos. Atravesamos el campamento del pachá, y me detuve antes de bajar al valle de Terebinto para mirar por última vez á Jerusalén, sobre cuyas murallas descubrí la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro, que no tornará á ser saludada por el peregrino, porque ya no existe, y el sepulcro de Jesucristo está actualmente espuesto á las injurias de la intemperie. En otro tiempo toda la cristiandad hubiera corrido para reparar el sagrado monumento; hoy, empero, nadie piensa en ello, y la mas pequeña limosna empleada en esta obra meritoria, parecería una supersticion ridicula. Despues de contemplar durante algún tiempo á Jerusalén, me interné en las montañas. Eran las seis y media cuando perdí de vista la Ciudad Santa: el navegante señala así el momento en que desaparece á su vista una tierra lejana que no debe tornar á ver.

En el valle de Terebinto hallamos á los caudillos de los árabes de Jeremías, Abou-Gosh y Giaber, que nos esperaban; llegamos á Jeremías á las doce de la noche, y comimos un cordero que Abou-Gosh nos habia hecho preparar. Quise darle algún dinero, pero se negó á tomarlo, y me rogó únicamente le enviase dos cargas de arroz de Damietta, cuando me hallase en Egipto, lo que le ofrecí hacer con la mejor voluntad, y no obstante, no me acordé de mi promesa sino en el momento de embarcarme para Túnez. No bien se restablezcan nuestras relaciones con el Levante, Abou-Gosh recibirá su arroz de Damietta, y verá que un francés puede carecer de memoria, pero nunca de palabra. Espero que los muchachos beduinos de Jeremías darán la guardia á mi presente, y que dirán aun: «¡Adelante! ¡Marchen!»

El 13 á mediodía, llegué á Jafa.

SESTA PARTE.

VIAJE POR EGIPTO.

GRANDE fue mi perplejidad á mi regreso á Jafa, pues no habia en el puerto ni un bajel, lo que me hacia dudar entre el proyecto de ir á embarcarme á San Juan de Acre, y el de trasladarme por tierra á Egipto. Hubiera preferido esta segunda resolucion, pero era impracticable, porque cinco partidos armados se disputaban á la sazón las orillas del Nilo: Ibraim-Bey en el Alto-Egipto; otros dos pequeños beyes independientes; el pachá de la Puerta en el Cairo; una banda de albaneses insurrectos, y El-Fy-Bey en el Bajo-Egipto. Estos diferentes partidos infestaban los caminos; y los árabes, aprovechándose de tal confusion, acababan de cerrar todos los pasos.

La Providencia acudió en mi auxilio. Al subsiguiente día de mi llegada á Jafa, cuando ya me disponia á partir para San Juan de Acre, vi entrar en el puerto un barco de la escala de Trípoli de Siria, que venia en lastre y buscaba cargamento. Los frailes enviaron á buscar el capitán, quien accedió á conducirme á Alejandria, y en breve concluimos nuestro tratado, que conservo escrito en árabe. Mr. Langrés, tan conocido por su erudicion en las lenguas orientales, lo ha juzgado digno de ser presentado á los sabios; á causa de las muchas singularidades que contiene, y tuvo la complacencia de traducirlo; yo he hecho grabar el original:

EL (Dios).

«El objeto de este escrito y el motivo que lo hace trazarse es que en el día y fecha aquí citada, los firmantes hemos fletado nuestro barco al portador de este tratado el señor Francesko (francés), para ir de la escala de Yafa á Alejandria, bajo condicion de que no entre en ningún puerto, y que se dirija directamente á Alejandria, á no ser que se vea obligado por el mal tiempo á entrar en alguna escala. «El flete de este barco es cuatrocientos ochenta ghrouch (pesos) á leon, cada una de las cuales vale cuarenta parah (1). Han convenido entre sí que el mencionado flete sea satisfecho á su entrada en Alejandria. Pactado y convenido entre ellos delante de los testigos que abajo firman. Testigos:

«El Seid (el señor) Mousthafá el Báhá; el seid

(1) Aunque aquí se halla empleada la voz árabe *fadhah*, que en rigor significa *dinero*, esta voz indica en este caso la moneda infima conocida en Egipto con el nombre de *parah* ó *mejdyn*, valuada en 8 dineros $\frac{1}{7}$; en el *Anuario de la República francesa*, publicado en el Cairo en el año IX. Según la misma obra, pág. 60, la piastra turca, el *ghrouch* de 40 parah vale 1 lib., 8 sueldos y 6 dineros $\frac{1}{7}$.

»Hhocein Chetmá.—El réis (patron) Hhanná Demetri (Juan Demetrio), de Trípoli de Siria, da fe de la verdad de este escrito.

»El rheis (patron) Hhanná ha cobrado á cuenta del citado flete la suma de ciento ochenta *ghrouch*; el resto, es decir, los otros trescientos *ghrouch*, le serán satisfechos en Alejandria; y como sirven de garantía para el citado barco desde Yáfa á Alejandria, quedan en la bolsa del señor Francesko, por esta única razon. Háse convenido además en que el patron le suministrará á un justo precio agua, fuego y sal, así como todas las demás provisiones que pudiera necesitar, y viveres.»

El 16 de octubre me separé de mis venerables huéspedes con un verdadero sentimiento. Un fraile me dió cartas de recomendacion para España, porque me proponia dar fin á mis escursiones por la Alhambra, despues de haber visto á Cartago. Aquellos religiosos, que quedaban espuestos á todos los ultrajes, intentaban aun serme útiles mas allá de los mares y en su propia patria.

Antes de alejarme de Jafa, escribí á Mr. Pillavoine, cónsul de Francia en San Juan de Acre, la carta siguiente:

Jafa, 16 de octubre de 1806.

SEÑOR:

«Tengo el honor de remitirle la carta de recomendacion que el señor embajador de Francia en Constantinopla me habia entregado para que la pusiera en su mano. Pero como la estacion se halla muy adelantada, y como mis negocios me llaman á nuestra patria comun, me veo precisado á dirigirme á Alejandria, lo que me hace perder con disgusto la ocasion de conocerlos. He visitado á Jerusalem, y he sido testigo de los atropellos de que el pachá de Damasco hace objeto á los religiosos de Tierra-Santa, á quienes, como vos, he aconsejado la resistencia. Por desgracia han conocido muy tarde todo el interés que el emperador se toma en su suerte, lo que les ha hecho ceder en parte á las exigencias de Abdallah; pero debemos esperar que el año próximo tendrán mas firmeza. Por otra parte, me ha parecido que este año no se han mostrado faltos de prudencia ni de valor.

«Hallareis, señor, otras dos cartas adjuntas á la del embajador: una me ha sido entregada por el comerciante Mr. Dubois; y la otra, por el dragoman de Mr. Vial, cónsul de Francia en Modon.

«Me atrevo además á tomarme la libertad de recomendaros á M. D....., á quien he visto en esta ciudad. Me han dicho que es un hombre de probidad, pobre y desgraciado: tres grandes títulos á la proteccion de la Francia.»

«Os ruego acepteis, etc.

F. A. DE CH.

Juan y Julian trasladaron nuestros equipajes á bordo, y me embarqué el 16 á las ocho de la noche. La mar estaba procelosa, y el viento era poco favorable. Permaneci en el puente mientras pude ver las luces de Jafa; pues confieso que experimentaba un oculto placer al pensar que acababa de cumplir una peregrinacion meditada durante tanto tiempo, y me prometia dar en breve cima feliz á aquella santa empresa cuya mas peligrosa parte me parecia terminada. Al reflexionar que habia atravesado casi solo el continente y los mares de la Grecia; y que me veia aun solo en una barca en el fondo del Mediterráneo, despues de haber visto el Jordan, el mar Muerto y Jerusalem, miraba mi regreso por el Egipto, la Berberia y España como la cosa mas llana del mundo; y no obstante, ¡cuanto me engañaba!

Cuando perdimos de vista las luces de Jafa y di-

rigí el postrer saludo á las costas de Tierra-Santa, me retiré al camarote del capitán; pero al rayar el dia siguiente descubrimos aun la costa en frente de Gaza, porque aquel habia hecho rumbo hacia el Mediodia. La aurora nos trajo una fuerte brisa por la parte de Oriente, el mar se calmó y dejamos el cabo á Occidente. Así, pues, seguia exantamente el mismo camino que Ubaldo y el Dinamarqués habian recorrido para ir á libertar á Reinaldo. Mi nave no era mayor que la de estos dos caballeros, y como á ellos me guiaba la Fortuna. Mi navegacion de Jafa á Alejandria duró cuatro dias, y nunca he hecho una travesia mas agradable y rápida. El cielo se mantuvo constantemente puro, el viento favorable, el mar bonancible. No se cambió ni una sola vez la vela. Cinco hombres componian la tripulacion, incluso el capitán; gente menos jovial que mis griegos de la isla de Tino, pero mas conocedora de la nautica. Los viveres frescos, las excelentes granadas, el vino de Chipre, y el café de la mejor calidad nos rodeaban de abundancia y alegría. El exceso de mi prosperidad hubiera debido causarme alguna zozobra; pero aun cuando hubiese tenido el anillo de Policrates, me hubiera guardado mucho de arrojarlo al mar, por temor al maldito esturion.

Hay en la vida del marino cierto carácter aventurero que nos halaga y atrae. Ese paso incesante de la calma á la tempestad; ese rápido cambio de tierras y de cielos, mantienen en continuo movimiento la imaginacion del navegante. Él mismo es, en sus incógnitas destinos, la imagen fiel del hombre sobre la tierra: prometiéndose siempre permanecer en el puerto, y siempre desplegando la frágil vela, corriendo ansioso en pos de islas encantadas á que casi nunca aborda, y en que le salta el hastío si por acaso las pisa; hablando siempre de las dulzuras del descanso, y amando las tormentas; pereciendo en medio del naufragio, ó muriendo, viejo patron, en la playa, desconocido de los navegantes jóvenes, cuyo bajel siente no poder seguir.

El 17 y 18 atravesamos el golfo de Damietta, ciudad que remplace casi á la antigua Pelusa. Cuando un país presenta grandes y numerosos recuerdos, la memoria se fija en un solo acontecimiento, como para desprenderse de los cuadros que la abruma; esto es lo que me ocurrió al pasar el golfo de Pelusa, pues empecé remontándome hasta los primeros tiempos de los Faraones, y concluí no pudiendo ocuparme sino de la muerte de Pompeyo; este es, en mi concepto, el fragmento mas hermoso de Plutarco, y de su traductor Amyot.

El 19 á mediodia, despues de haber pasado dos sin ver la tierra, descubrimos un promontorio bastante elevado, llamado el *cabo de Brulos*, que forma la punta mas septentrional del Delta. Al hablar del Gránico he hecho ver cuan prodioso es el prestigio de los nombres: el cabo de Brulos no me presentaba sino un miserable monton de arena; pero era la estremidad de ese cuarto continente, único que me quedaba por conocer; era un ángulo de ese Egipto, cuna de las ciencias, padre de las religiones y de las leyes, y no podia separar mis ojos de él.

Aquella misma tarde divisamos algunas palmeras que descollaban hacia el Sudeste, pareciendo que salian del mar, pues no se veia el suelo que las sostenia. Al Sur se descubria una masa negruzca y confusa, acompañada de algunos árboles aislados: eran las ruinas de una pequeña poblacion, triste indicio de los destinos del Egipto.

El 20, á las cinco de la mañana descubrí sobre la verde y rizada superficie del mar una barra de espuma, y al otro lado de ella unas aguas pálidas y tranquilas. El capitán vino á tocarme en el hombro, y me dijo en lengua franca: «¡Nilo!» Poco despues entramos en aquellas aguas famosas, que quisiera beber y me parecieran saladas. Algunas palmeras y un minarete

nos anunciaron que allí estaba Damietta; pero el plano de la tierra seguia siéndonos invisible. Aquellas playas se asemejaban á las lagunas de las Floridas; su aspecto, en un todo diferente del de las costas de la Grecia y la Siria, presentaba el efecto de un horizonte bajo los trópicos.

A las diez descubrimos por último debajo de la copa de las palmeras, una línea de arena que se dilataba al Oeste hasta el promontorio de Abukir, delante del cual nos era preciso pasar para llegar á Alejandria.

En aquel momento estábamos en frente de la embocadura del Nilo, en Roseta, é íbamos á atravesar el Bogaz. El agua del rio presentaba en aquel lugar un color rojo-violado, parecido al de un brezo en otoño; el Nilo, cuya crecida habia terminado, empezaba á bajar. Una veintena de barcas de Alejandria estaban ancladas en el Bogaz, esperando un viento favorable para salvar la barra y subir hasta Roseta.

Continuando nuestra navegacion hacia Occidente, llegamos á la estremidad del desbordamiento de aquella inmensa esclusa. La línea de las aguas del rio y la del mar no se confundian, sino que se mostraban distintas y separadas; cubriábase de espuma al chocar entre sí, y parecia que servian mutuamente de orillas (1).

A las cinco de la tarde, la costa que se mostraba aun á nuestra izquierda, mudó de aspecto. Las palmeras parecian alineadas en la orilla, á semejanza de esas alamedas que adornan los palacios de la Francia. La naturaleza se complace de este modo en reproducir las ideas de la civilizacion en el país donde esta nació, y donde reinan hoy la ignorancia y la barbarie. Despues de haber doblado la punta de Abukir, el viento nos abandonó poco á poco, y no pudimos entrar en el puerto de Alejandria hasta la noche. Eran las once de ella cuando anclamos en el puerto mercante, en medio de los buques surtos á la vista de la ciudad. No quise bajar á tierra, y esperé el dia en el puente de nuestra embarcacion.

Tuve, pues, tiempo bastante para entregarme á mis reflexiones. A mi derecha entreveia los bajeles y el castillo que reemplaza la torre del Faro; á mi izquierda el horizonte me parecia limitado por las colinas, las ruinas y los obeliscos que escasamente distinguia á través de las sombras; á mi frente se prolongaba una línea negra de murallas y de casas confusas; no se veia en tierra sino una luz, y no se oia rumor alguno. Y, no obstante, aquella era esa Alejandria, rival de Menfis y de Tebas, que contó en su recinto tres millones de habitantes, antiguo santuario de las Musas, y que resonaba en las tinieblas al estruendo de las orgias de Antonio y Cleopatra. Pero en vano aplicaba el oido, pues un talisman fatal sumergia en estúpido silencio al pueblo de la nueva Alejandria; este talisman es el despotismo que apaga toda alegría, y que no permite ni un quejido al dolor. Y, ¿qué rumor pudiera alzarse de una ciudad cuya tercera parte, por lo menos, está abandonada; cuya otra tercera parte está consagrada á los sepulcros, y cuyo resto, animado en medio de sus dos muertas estremidades, es una especie de tronco que palpita, y que ni siquiera tiene la fuerza necesaria para sacudir sus cadenas, entre ruinas y sepulcros?

El 20, á las ocho de la mañana, el bote de nuestro buque me llevó á tierra, y me hice conducir á casa de Mr. Drovetti, cónsul de Francia en Alejandria. He hablado hasta aquí de los cónsules de Francia con la gratitud que les debo; ahora iré mas lejos, y diré que contraje con Mr. Drovetti unas relaciones que se han convertido en una verdadera amistad. Mr. Drovetti, militar distinguido é hijo de la risueña Italia, me recibió con esa sencillez que caracteriza al soldado, y con ese calor que infunde en nuestro ser la influencia de un sol hermoso. Ignoro si este escrito llegará á sus

(1) Por lo que respecta á la descripcion del Egipto, véase todo el libro undécimo de los *Mártires*.

manos, en el desierto que habita; mucho lo deseo, para que sepa que el tiempo no debilita en mí los afectos, y que no he olvidado la ternura que me mostró al despedirse de mí en la playa; ternura bien noble cuando se enjugan sus señales con una mano mutilada en el servicio de la patria! No tengo crédito, ni protectores, ni fortuna; pero si los tuviese, por nadie los emplearia con mas placer que por Mr. Drovetti.

No se espere que describa el Egipto: he hablado con alguna estension de las ruinas de Atenas, porque, despues de todo, no son bien conocidas sino de los aficionados á las artes; y si me he entregado á minuciosos pormenores acerca de Jerusalem, es porque esta ciudad era el principal objeto de mi viaje. Mas, ¿qué diria del Egipto, si nadie lo desconoce en la actualidad? El *Viaje* de Mr. Volney á este país es una verdadera obra maestra, en todo lo que no es erudicion; esta ha sido agotada por Sciard, Norden, Pococke, Shaw, Niebuhr y algunos otros; los dibujos de Mr. Denon y los grandes cuadros del Instituto de Egipto nos han reproducido los monumentos de Menfis y Tebas; por último, yo mismo digo tambien en otra parte todo lo que tenia que decir con relacion al Egipto. El libro de los *Mártires* en que he hablado de esta antigua tierra, es mas completo en cuanto á la antigüedad que los demás de la misma obra. Me ceñiré, pues, á seguir sin interrupcion, las simples fechas de mi diario.

Mr. Drovetti me dió un aposento en la casa del consulado, construida casi á orillas del mar en el puerto mercante. Hallándome en Egipto, no podia abandonar sin haber visto por lo menos el Nilo y las Pirámides. Pedí, pues, á Mr. Drovetti que me fletase un buque austriaco con rumbo á Túnez, mientras iba á contemplar el prodigio de un sepulcro. Hallé en Alejandria á dos franceses muy distinguidos, agregados á la legacion de Mr. Lesseps, que segun creo, debia encargarse del consulado general de Egipto, y que si no me equivoco, se trasladó despues á Liorna; y siendo tambien su designio pasar al Cairo, nos embarcamos el 23 para Roseta. Mr. Drovetti hizo quedar en su casa á Julian, que habia sido atacado por la calentura, y me dió un genizaro; y yo envié á Juan á Constantinopla en un buque griego que se disponia á darse á la vela.

Zarpamos por la tarde de Alejandria, y llegamos de noche al Bogaz de Roseta, atravesando la barra sin el menor accidente. Al amanecer nos hallamos á la entrada del rio, y abordamos el Cabo á nuestra derecha. El Nilo se ostentaba en toda la plenitud de su hermosura, pues corria de orilla á orilla, aunque sin cubrirlas, y dejaba ver á lo largo de su magestuosa corriente dilatadas y verdes llanuras de arroz, en que descollaban muchas palmeras aisladas que representaban columnas y pórticos. Volvimos á embarcarnos, y en breve llegamos á Roseta. Entonces gocé de la primera vista de ese magnifico Delta, donde solo falta un gobierno libre y un pueblo feliz. No hay país mas hermoso si carece de los beneficios de la libertad; el cielo mas brillante es odioso, cuando se vive aherrojado en la tierra. Yo no hallaba dignos de aquellas soberbias llanuras sino los recuerdos de la gloria de mi patria; veia los restos de los monumentos de una nueva civilizacion, llevada por el génio de la Francia á las márgenes del Nilo; y pensaba al mismo tiempo que las lanzas de nuestros caballeros y las bayonetas de nuestros soldados habian reflejado dos veces la luz de tan resplandeciente sol; con la diferencia de que los caballeros, derrotados en la jornada de Masoura, fueron vengados por los soldados en la batalla de las Pirámides. Por lo demás, aunque me servia de gran placer hallar un rio caudaloso y un fresco verdor, no experimenté sorpresa, porque allí veia absolutamente mis rios de la Luisiana y mis sábanas americanas; mucho me hubiera complacido hallar tambien los bosques

donde se mecieron las primeras ilusiones de mi vida.

Mr. de Saint-Marcel, cónsul de Francia en Roseta, nos recibió con la mayor cortesía; y Mr. Caffé, comerciante francés y el más atento de los hombres, quiso acompañarnos al Cairo. Hicimos nuestro ajuste con el patron de una gran barca, cuyo lugar principal nos cedió; y, para mayor seguridad, nos reunimos á un albanés. Mr. de Choiseul ha pintado con toda exactitud estos soldados de Alejandro.

«Los altivos albaneses serían aun héroes si tuviesen á su cabeza un Scanderberg; pero no son otra cosa que unos malhechores, cuyo exterior anuncia la ferocidad. Todos son altos, ágiles, y membrudos; su vestido consiste en unos pantalones muy anchos, un juboncillo, y un chaleco guarnecido de chapas de metal y de muchas filas de bellotas de plata; calzan unos borceguis atados por medio de correas que suben algunas veces hasta las rodillas, para contener otras chapas de metal que se adaptan á sus piernas, y las preservan del roce del caballo. Sus mantos adornados con galones y muchos colores, acaban de hacer este vestido muy pintoresco, y cúbrese la cabeza con un gorro de paño encarnado, que dejan cuando marchan al combate.»

Los dos días que pasamos en Roseta los empleamos en visitar esta agradable ciudad árabe, sus jardines y su bosque de palmeras. Savary ha exagerado algo los atractivos de este lugar; sin embargo, no ha sido tan inexacto como se ha querido hacer creer. La vehemencia de sus descripciones ha perjudicado á su autoridad como viajero; pero es justo decir que más que á su narración falta la verdad á su estilo.

El 26, á medio día, entramos en nuestra barca en que había gran número de pasajeros turcos y árabes; y corriendo á lo largo, empezamos á subir el Nilo. A nuestra izquierda se extendía, hasta perderse de vista, una verde llanura; á nuestra derecha embellecían el río unos campos cultivados, y más allá se descubrían las arenas del desierto. Algunas palmeras esparcidas aquí y acullá anunciaban los pueblos, á semejanza de los árboles plantados en derredor de las cabañas en las llanuras de Flandes. Las casas de estos pueblos son de tierra y construidas sobre unos montecillos artificiales: precaución inútil, puesto que por lo regular estas casas á nadie salvan de la inundación del Nilo. Una parte del Delta está erial, pues en él han sido degollados por los albaneses millares de fellahs, y el resto ha emigrado al Alto-Egipto.

Contrariados por el viento y por la rapidez de la corriente, empleamos siete perdurables días en subir desde Roseta al Cairo. Unas veces nuestros marineros nos remolcaban por medio de una cuerda; otras navegábamos á favor de una brisa del Norte que solo soplabá algun momento. Muchas veces nos deteníamos para tomar á bordo algunos albaneses; el segundo día se incorporaron con nosotros cuatro, que se apoderaron de nuestro camarote, siéndonos forzoso sufrir su brutalidad é insolencia. Al más leve ruido subían al puente y tomaban sus fusiles, pareciéndose al insensato que intentara hacer la guerra á un enemigo ausente. Les he visto asestar sus armas contra los niños que corrían por la orilla pidiendo limosna, y que iban luego á ocultarse detrás de las ruinas de sus cabañas, como acostumbrados ya á tan bárbaros juegos. Entretanto, nuestros mercaderes turcos saltaban á tierra, sentábanse tranquilamente sobre sus talones, volvían el rostro á la Meca, y daban en medio de los campos volteretas religiosas. Nuestros albaneses, medio musulmanes y medio cristianos, invocaban indistintamente á Mahoma y á la Virgen; sacaban del bolsillo un rosario; pronunciaban en francés palabras obscenas, vaciaban sendos cántaros de vino, y disparaban fusilazos al aire, pisando el vientre de los cristianos y musulmanes que descansaban.

¿Es posible que las leyes puedan establecer tan radi-

cal diferencia entre los hombres? ¿Cómo! ¿Esas bordas de forajidos albaneses, esos estúpidos musulmanes, y esos fellahs, tan cruelmente oprimidos, habitan los mismos lugares donde vivió un pueblo tan industrial, tan pacífico, tan sabio; un pueblo cuyas costumbres y usos se ha complacido en pintarnos Herodoto y especialmente Diodoro? ¿Hay acaso en algun poema un cuadro más hermoso que este?

«En los primitivos tiempos, los reyes no se conducían en Egipto como en los demás pueblos donde habitan todo lo que les place, sin hallarse obligados á seguir ninguna regla ni á tomar consejo alguno; todo les estaba prescrito por las leyes, no solo respecto de la administración del reino, sino respecto á su conducta privada. No podían hacerse servir por esclavos comprados ni aun de los que hubiesen nacido en su casa; pero se les daban los hijos de los principales de entre los sacerdotes, que escudaban de veinte años, y los más distinguidos de la nación, para que del rey, viéndose rodeado de día y de noche, de la más escogida juventud del Egipto, no hiciese ninguna acción baja ó indigna de su categoría. En efecto, así los príncipes se arrojan con tan lamentable facilidad á toda clase de vicios, consiste en que hallan ministros siempre dispuestos á lisonjear sus malas pasiones. Había tambien ciertas horas del día y de la noche en que el rey no podía disponer de su persona, y en que estaba obligado á llenar los deberes marcados en las leyes. Al rayar el día debía leer las cartas que de todas partes le eran dirigidas, para que instruido por sí mismo de las necesidades de su reino, pudiese ocurrir á todo y remediar todo. Despues de salir del baño se envolvía en un manto precioso, y ostentaba las demás esterioridades del poder real, para ir á sacrificiar á los dioses. Cuando las víctimas habían sido llevadas al altar, el gran sacerdote, en pie y en presencia de todo el pueblo, pedía á los dioses en alta voz que conservasen al rey, y derramasen sobre él toda clase de prosperidades, para que gobernase con justicia á sus súbditos. Luego intercalaba en su oración un compendio de todas las virtudes propias de un rey, y proseguía: «Porque es señor de sí mismo, magnánimo, benéfico, afable para con los demás, y enemigo de la mentira; sus castigos no igualan sus faltas, y sus recompensas escuden sus servicios. Despues de haber dicho muchas cosas de esta naturaleza, condenaba las faltas en que el rey había caído por ignorancia. Es verdad que le disculpaba de ellas, pero llenaba de maldiciones á los aduladores y á todos los que le daban malos consejos. El gran sacerdote se expresaba en estos términos, porque las lecciones severas mezcladas con ciertos elogios, son más eficaces que las recriminaciones amargas, para inducir á los monarcas al temor de los dioses y al amor de la virtud. Despues de esto, habiendo el rey sacrificado y consultado las entrañas de la víctima, el lector de los libros sagrados le leía algunas acciones ó palabras notables de los grandes hombres, para que el jefe de la república, teniendo imbuido el espíritu en pescelentes máximas las redujese á práctica en las ocasiones convenientes.»

Es en verdad sensible que el ilustre arzobispo de Cambrai, en lugar de pintarnos un Egipto imaginario, no hubiese tomado este cuadro, prestándole los colores con que su fecundo genio hubiera sabido embellecerlo. Faydit tiene razon en este único punto, si es posible tenerla cuando se carece absolutamente de decoro, buena fe y gusto. Pero hubiera sido muy conveniente que Fenelon hubiese conservado, á todo precio, el fondo de las aventuras inventadas por él, y narradas en el estilo más antiguo: el episodio de Termosiris vale todo un largo poema.

«Me interné en un bosque sombrío, donde ví súbitamente á un anciano que tenía en la mano un libro. La frente de este anciano era espaciosa, calva y ar-

brugada; una blanca barba le llegaba á la cintura; su vestatura era alta y magestuosa, y su tez todavía fresca y sonrosada; sus ojos vivos y penetrantes; su voz suave; sus palabras, sencillas y persuasivas. Nunca he visto un anciano tan respetable: Termosiris era su nombre.»

Pasamos por el canal de Menouf, lo que me impidió ver el hermoso bosque de palmeras, que se encuentra en el gran brazo de río que mira á Oeste; pero los árabes infestaban á la sazón la orilla occidental de este brazo, que confina con el desierto líbico. Al salir del canal de Menouf, y continuando la subida del río, descubrimos á nuestra izquierda la cresta del monte Moqattam, y á nuestra derecha las altas dunas de arena de la Libia. Poco despues descubrimos los vértices de las Pirámides en el espacio vacío que dejaba la separación de estas dos cordilleras, pero nos hallábamos á la distancia de más de dos leguas. Durante el resto de nuestra navegación, que duró aun cerca de ocho horas, permanecí en el puente contemplando aquellos sepulcros, que parecían agigantarse y subir al cielo, á medida que nos acercábamos á ellos. El Nilo, que era entonces como un pequeño mar; la mezcla de las arenas del desierto y de la más lozana frondosidad; las palmeras, los sicomoros, las cúpulas, las mezquitas y los minaretes del Cairo; y las distantes pirámides de Sacarah, de las que el río parecía salir como de sus inmensos reservorios; todo esto formaba un cuadro que no tiene igual en la tierra. «Pero sean cuales fueren los esfuerzos de los hombres, dice Bossuet, su nada se anuncia por donde quiera: ¡aquellas portentosas pirámides eran unos sepulcros! Los mismos reyes que las erigieron no tuvieron el poder de ser enterados en ellos, y no pudieron disfrutar de su sepulcro!»

Confieso, no obstante, que al primer golpe de vista de las Pirámides espermenté una profunda admiración. Sé que la filosofía puede afligirse ó sonreír al pensar que el monumento más soberbio que ha salido de mano de los hombres es un sepulcro; pero, ¿por qué no hemos de ver en la pirámide de Chéops otra cosa que una mole de piedras y un esqueleto? El hombre no levantó tan sorprendente sepulcro, impulsado por el mezquino sentimiento de su nada, sino obedeciendo al instinto superior de su inmortalidad: este sepulcro no es el límite que anuncia el fin de una carrera de un día, sino el que señala la entrada de una vida imperecedera; es una especie de puerta eterna construida en los confines de la eternidad. «Todos estos pueblos (del Egipto) dice Diodoro de Sicilia, miran la duración de la vida como un tiempo muy breve y de escasa importancia, y conceden, al contrario, mucha atención á la dilatada memoria que la virtud deja en pos; por esta razón llaman á las casas de los vivos posadas, por las cuales no se hace más que pasar; y dan el nombre de mansiones eternas á los sepulcros de los muertos, de los que no se vuelve á salir. Hé aquí por qué los reyes han sido indiferentes á la construcción de sus palacios, al paso que han mostrado el mayor interés en la de sus sepulcros.»

Prétendese hoy que todos los monumentos tengan una utilidad física, y no se reflexiona en que hay para los pueblos una utilidad moral de un orden mucho más elevado, al cual tendían las legislaciones de la antigüedad. ¿Nada dice la vista de un sepulcro? Y si algo enseña, ¿por qué extrañaríamos que un rey haya querido eternizar esta lección? Los grandes monumentos constituyen una parte esencial de la gloria de toda sociedad humana. A no ser que se defienda que es igual para una nación legar ó no un nombre á la historia, no es posible condenar esas obras colosales que llevan la memoria de un pueblo más allá de su propia existencia, y le hacen vivir contemporáneo de las generaciones que van á establecerse en sus abandonados campos. ¿Qué importa entonces que esas obras hayan

sido anfiteatros ó sepulcros? Todo es sepulcro en un pueblo que ya no existe. Cuando el hombre ha pasado, los monumentos de su vida son más vanos aun que los de su muerte; su mausoleo es, por lo menos, útil á sus cenizas; pero ¿qué conservan sus palacios de sus ya olvidados placeres?

Es indudable que, hablando en rigor, una reducida huesa basta á todos, pues seis pies de tierra, como decía Mateo Molé, reducirán á la razón al más engreído potentado del mundo. Dios puede ser adorado, así bajo un árbol como bajo el cimborrio de San Pedro, y en una cabaña puede vivirse como en el Louvre. El vicio de este raciocinio consiste en que traslada un orden de cosas á otro. Por otra parte, un pueblo no es más dichoso cuando vive en la ignorancia de las artes, que cuando lega á la posteridad magníficos testimonios de su genio. Nadie cree ya en esas sociedades de pastores, que pasan sus días en la inocencia, entregados á dulcísísimos solaces en el seno de los bosques. Sabido es que estos candorosos pastores se hacen entre sí una guerra atroz, para comerse los carneros de sus vecinos. Sus grutas no están rodeadas de viñas, ni embalsamadas con el perfume de las flores; el humo asfixia á los que las habitan, y el olor de las leches les ahoga. En poesía y en filosofía un pueblo semi-bárbaro puede gozar todos los bienes; pero la implacable historia los somete á las calamidades que abruma el resto de los hombres. Los que tanto claman contra la gloria, ¿no amarán un poco la fama? De mí sé decir que, lejos de mirar como un loco al rey que mandó construir la gran Pirámide, le considero, al contrario, como un monarca dotado de magnánimo corazón. La idea de vencer al tiempo por medio de un sepulcro, obligando á las generaciones, las costumbres, las leyes y las edades á estrellarse al pie de una tumba, no puede haber salido de un alma vulgar. Si en esto hay orgullo, debemos creer que es un orgullo de muy buena ley. Una vanidad como la de la gran Pirámide, que dura há tres ó cuatro mil años, puede al fin hacerse tener en algo.

Aquellas pirámides trajeron á mi memoria otros monumentos menos fastuosos, pero que no obstante eran tambien sepulcros; me refiero á los edificios de céspedes que cubren las cenizas de los indios en las orillas del Ohio. Cuando los visité, me hallaba en una situación de alma hartó diferente de la en que me sentía al contemplar los gigantescos mausoleos de los Faraones: entonces empezaba mi viaje, y ahora lo termino. El mundo se ha presentado á mis ojos en estas dos pocas de mi vida precisamente bajo la imagen de los desiertos en que he visto estas dos especies de sepulcros: soledades risueñas, ó estériles arenas.

Llegamos á Boulacq, y alquilamos caballos y asnos para el Cairo. Esta ciudad, dominada por el antiguo castillo de Babilonia y el monte Moqattam, presenta un aspecto bastante pintoresco, á causa de las muchas palmeras, sicomoros y minaretes que en su recinto se elevan. Entramos en ella por unos muladares y un arrabal destruido, en medio de los huitres que devoraban su presa, y nos detuvimos en el barrio de los Francos, especie de callejon sin salida, cuya entrada se cierra todas las noches, como el atrio de un convento. Fuimos recibidos por Mr.... (1), á quien Mr. Drovetti había confiado la gestión de los negocios de los franceses en el Cairo. Nos tomó bajo su nombre, y envió á advertir el pachá de nuestra llegada, haciendo al mismo tiempo avisar á los cinco mamelucos franceses, para que nos acompañasen en nuestras escursiones.

Estos mamelucos estaban al servicio del pachá. Co-

(1) Por la mayor de las fatalidades, se ha borrado de mi diario el nombre de mi huésped en el Cairo; y como temo no haberlo retenido exactamente, no me atrevo á estamparlo aquí. No me perdonaría este contratiempo, si mi memoria fuese tan infiel á sus servicios, afabilidad y cortesía, como lo ha sido á su nombre.